

Un ensayo sobre los Alemanes del Volga en Argentina

De una comunidad a otra

Por Matt Bigelow

Estas son unas reflexiones de Matt Bigelow, joven estadounidense con motivo de su visita a la República Argentina allá por el año 2006. Viajó a la República Argentina con el fin de realizar un trabajo de campo para una investigación universitaria personal sobre los alemanes del Volga. Una vez llegado a Buenos Aires entabló contacto con Gerardo Waimann quien hizo de nexo con el Centro Argentino Cultural Wolgadeutsche. Días más tarde, partimos con el compañero de estudios David Cicerchi, Celso Unrein y Juan Carlos Scheigel Huck hacia las comunidades germanas de la provincia de Entre Ríos.

Los resultados del viaje pueden encontrarse en el siguiente link <http://brueggemancenter.org/brueggemanfellows/fall-2005/matt-bigelow/>

La versión en español está lograda gracias a la colaboración de Corina Hirt, Christian Botto Fiora y la revisión de Juan Carlos Scheigel Huck

Durante el año académico 2005-2006 escribí una investigación sobre la inmigración alemana en Argentina. Cuando me senté en el tercer piso de la biblioteca McDonald, doblado sobre pilas de libros de historia, manuscritos de viajes y trabajos académicos, esta minoría étnica que migró hacia la Argentina a fines del siglo XIX, era una cuestión lateral de la investigación mayor.

El último verano boreal viajé a la Argentina por un mes para continuar mi investigación y lo que parecía ser una cuestión lateral terminó consumiendo todo mi viaje. Por qué? La respuesta es simple: Comunidad.

Como graduado 2006 de Xavier puedo decirles que la Universidad define comunidad. Partidos de basketball, clases de tamaño reducido, clubes y organizaciones le dan al estudiante un verdadero sentimiento de pertenencia.

Encontrar un sentimiento de pertenencia similar a más de 5.000 millas, de un grupo de argentinos rurales con ascendencia alemana puede parecer inverosímil. Pero uno reconoce lo que sabe. Y allí, en la provincia argentina de Entre Ríos, al norte de Buenos Aires, encontré fácilmente ese mismo sentido de comunidad.

Los Alemanes del Volga son gente resiliente cuya cultura y lengua han sobrevivido dos migraciones masivas en el curso de dos siglos. Étnicamente alemanes, son identificados en Rusia por la cuenca del Volga, a la cual migraron en el siglo XVIII para cultivar la región oeste de los dominios de Catalina la Grande. Generaciones posteriores, hacia finales del siglo XIX, pusieron sus ojos en el Nuevo Mundo atravesando el Atlántico tras la promesa de ricas tierras de cultivo en Estados Unidos, Canadá y Argentina.

Han pasado más de 200 años desde que ellos partieron de su Alemania natal. Pero los Alemanes del Volga de Argentina, viviendo en pequeñas comunidades

agrícolas a lo largo del país, han retenido el sentido de sí mismos, ese nudo de identidad que los marca a través del mundo y las distancias generacionales. En junio de 2006 un dúo de Alemanes del Volga me condujo de paseo por comunidades rurales que incluyó una enorme cantidad de comidas caseras, besos en la mejilla e inclusive, una boda tradicional de los Alemanes del Volga.

Llegué a Buenos Aires el 2 de junio con un compañero de graduación 2006, David Cicerchi, quien me sirvió de intérprete durante las dos primeras semanas del viaje. El lunes siguiente acordamos reunirnos con Gerardo Waimann, un descendiente de Alemanes del Volga, ingeniero civil que vive en Argentina y trabaja en Vialidad Nacional. Tan pronto entramos en su oficina varios compañeros se vinieron sobre nosotros. Se produjeron fervientes conversaciones en español y alemán a medida que los compañeros de trabajo de Gerardo acribillaron a David con preguntas acerca de mi investigación en Argentina y los amigos de Gerardo compartieron sus historias familiares.

Quedó claro, dos amigos de Gerardo tenían un plan en mente para David y para mí. Sin ningún aviso, David y yo fuimos arrastrados a la oficina del jefe de Gerardo donde una media docena de nosotros nos amontonamos frente a un mapa de Argentina. La conversación había girado exclusivamente al español, dejándome bastante a oscuras ya que sólo hablo inglés y alemán. David no se acobardó con el “peloteo” de ideas lanzadas entre Gerardo y algunos de sus amigos Alemanes del Volga. “Creo que van a hacer un viaje por carretera” me susurró David.

Más conversación. “Parece que van a visitar un grupo de comunidades Alemanas del Volga”, me dijo un momento después.

Más intercambios rápidos. “Me parece que quieren que vayas con ellos”. El Presidente del Centro Argentino Cultural Wolgadeutsche, Celso Unrein y Juan Carlos Scheigel Huck, el secretario, nos invitaron a realizar un viaje de cuatro días para visitar siete comunidades rurales de Alemanes del Volga de Argentina.

Los cuatro partimos dos días más tarde.

Durante los cuatro últimos años una idea bien específica se me venía a la mente cuando pensaba en un “viaje por carretera”. Por lo general involucraba un receso de primavera o un partido de basketball de Xavier.

Viajar con Juan Carlos y Celso fue cualquier otra cosa menos un típico viaje por carretera. La mayor parte del tiempo yo no sabía exactamente a dónde nos estábamos dirigiendo, como tampoco tenía idea de lo que estaba comiendo. A veces, David y yo terminábamos empujando el auto de Celso hasta que arrancara y pudiéramos subir al mismo.

La verdadera misión de Juan Carlos y Celso se hizo realidad en cada pequeña aldea que visitamos. Juan Carlos y Celso esperan institucionalizar un programa de idioma alemán dentro de la provincia de Entre Ríos en Argentina. Así, ellos creen que pueden incrementar las oportunidades económicas de los jóvenes de estas aldeas rurales. Sentados en el living de la familia Jacob, en Aldea Santa Anita, Entre Ríos, una pequeña villa entre los ríos Paraná y Uruguay de Argentina, Juan Carlos contó una anécdota de su hijo que realizó una pasantía en la compañía alemana de transporte Hamburg-Süd. Juan Carlos explicó que

la pasantía se convirtió en un trabajo full-time por la habilidad de su hijo para hablar el español, alemán e inglés.

Juan Carlos y Celso creen que enseñar a los niños su lengua étnica les dará más oportunidades en el futuro. Uno siempre debiera invertir tiempo en enseñar a los niños su herencia porque “cuando uno siembra semillas, ellas crecen”, dijo Juan Carlos.

Durante la siguiente media hora el grupo discutió diferentes formas de implementar ese programa y cómo ellos esperaban que llegara a impactar en la vida de los estudiantes.

El hijo de los Jacob, Carlos, 23 años, en muchas formas resumió esta esperanza. Carlos, orgulloso de su sangre y herencia alemana, escuchó el dialecto de los Alemanes del Volga mientras crecía y decidió tratar de aprender el idioma alemán que se enseña en las escuelas. Bajo su liderazgo, un grupo de estudiantes convenció a algunos profesores de ofrecer cursos de idioma alemán después del horario de clase en Santa Anita. Él luego aprovechó sus habilidades en idioma alemán para realizar una pasantía en Berlín por un año completo mientras estudiaba alemán en una universidad.

Pero fue una especie de arma de doble filo, me explicó, cuando nos sentamos en su living para una rueda de mate, un té de hierbas amargo que es la bebida nacional en Argentina.

Aprender el alemán, ha provocado que olvide el dialecto de los Alemanes del Volga que tanto escuchó de sus abuelos, desafortunadamente, muere con mis padres porque no se habla lo suficiente”, dijo.

“Los chicos de nuestra edad lo comprenden pero no lo hablan. Está en peligro.”

Juan Carlos y Celso, en consecuencia, han elegido un doble abordaje para elevar la conciencia entre la juventud de Alemanes del Volga.

A nivel institucional, viajan de aldea en aldea, consiguiendo soporte para una petición de instituir el alemán como segundo idioma a nivel estatal en las escuelas públicas de Entre Ríos. A nivel comunidad, trabajan con el Museo de la Inmigración, en Buenos Aires, para realizar un festival de las aldeas donde los estudiantes Alemanes del Volga de todas las aldeas participantes se reúnen durante un día para contar historias, bailar las tradicionales polcas alemanas, cantar música folclórica y compartir recetas de los Alemanes del Volga en un intento por preservar su herencia. Mientras Juan Carlos y Celso se ocupaban de sus indagaciones genealógicas yo experimenté la hospitalidad germano-argentina más refinada.

En la mayoría de las aldeas, rápidamente circuló la noticia de que Juan Carlos había “arribado con dos norteamericanos”. A menudo fui invitado a hablar ante clases de jóvenes argentinos, muchos de los cuales nunca habían salido de los límites de su aldea y estaban encantados con la posibilidad de conversar con un anglo-parlante nativo.

En una aldea David y yo fuimos invitados a aparecer en un show germano-argentino. Estuvimos acompañados por una banda de folclore alemán. La aceptación que experimentamos en Santa Anita nos preparó para lo que nos esperaba en Villa Aldea Valle María: un casamiento germano-argentino tradicional. El padre de la novia insistió en que asistiéramos a la ceremonia y a

la recepción, tras oír de nuestro interés en la cultura de los Alemanes del Volga. La ceremonia era un casamiento católico simple y elegante pero la recepción me dejó sorprendido. Comenzó formalmente cuando los novios bailaron el vals tradicional. Más tarde otras parejas se agregaron, cambiando de compañeros en forma circular. Pronto el vals dio lugar a la polca y la atmósfera se “encendió” considerablemente. De pronto, la tradición alemana dio paso a la Argentina y en la pista irrumpieron los ritmos latinos de la rumba, la chacarera, la zamba y otros bailes populares latino-americanos.

Esta fusión cultural me dejó estupefacto. Pero tan pronto una joven argentina me arrastró hasta el medio de la pista, me di cuenta de que no era sólo un espectador. Un fino vino Malbec, enormes bandejas con carne argentina y música pop contemporánea argentina continuaron hasta la mañana.

A las 05:30 AM Juan Carlos, Celso, David y yo fuimos de los primeros en marcharnos, agotados por la larga noche, hacia la pensión que Celso había reservado. El resto del tiempo en Argentina visité algunas otras ciudades, como Córdoba y Tandil. Mis amigos Alemanes del Volga fueron mis guías culturales, dándome consejos, compartiendo sus hogares y sus historias de vida cada vez que regresaba a Buenos Aires.

Durante mis últimos días justo estaba con Gerardo cuando un cajero se “tragó” mi tarjeta Visa. Desesperado gasté mis últimos \$7 en una llamada telefónica a Visa Internacional, sólo para ser informado que no podrían ayudarme. Sin pensarlo dos veces, Gerardo vació y me entregó el contenido de su billetera y antes de que pudiera protestar me dijo “En Argentina tenemos un dicho: No es importante tener dinero. Sólo es importante tener amigos”.

Eso es comunidad.

Versión en Ingles

From One Community to Another:

An Essay on the Volga-Germans of Argentina

By Matt Bigelow

Volga-German. Throughout the 2005-2006 academic year, I wrote a research paper on

German immigration to Argentina. As I sat on the third floor of the McDonald Library, hunched over stacks of history books, travel manuscripts and academic papers, the VolgaGermans, an ethnic German minority that migrated to Argentina in the late 19th century, were just a sidebar to the larger research. But last summer, I trekked to Argentina for one month to continue my research and that seeming side issue ended up consuming my entire trip. Why? The answer is simple: Community. As a 2006 graduate of Xavier, I can tell you that the university defines community.

Basketball games, intimate class sizes, thriving clubs and organizations all give students a real sense of belonging. To find a similar sense of belonging more than 5,000 miles away, from a group of rural Argentines with German heritage, may seem unlikely. But you recognize what you know. And there, in the Argentine province of Entre Rios, northwest of Buenos Aires, that same sense of community was easily found.

The Volga-Germans are a resilient people whose culture and language have survived two mass immigrations over the course of two centuries. Ethnic Germans, they are identified by the Volga basin in Russia, to which they immigrated in the late 18th Century to cultivate the western realm of Catharine the Great. Generations later, towards the end of the 19th Century, they set their sights on the New World, traversing the Atlantic for the promise of rich farmlands in the United States, Canada and Argentina.

It has been more than 200 years since they set off from their native Germany. But the Volga-Germans of Argentina, living in small agricultural communities across the countryside, have retained that sense of self, that thread of identity that traces them across the globe and spans generations. In June, 2006, a group of Volga-Germans led me on a tour of rural communities that included plenty of home-cooked meals, kisses on the cheek and even a traditional Volga-German wedding. I arrived in Buenos Aires on June 2, with fellow '06 graduate David Cicerchi, who served as my interpreter for the first two weeks of the trip. The following Monday, we arranged to meet Gerardo Waimann, a Volga-German descendant and civil engineer living in Buenos Aires and working at the Argentine Department of Highway Administration. As soon as we walked into his office, a throng of Argentines descended upon us. Excited conversations sprang up in Spanish and German as Gerardo's co-workers peppered David with questions about my research in Argentina and Gerardo's Volga-German friends shared their family history.

It became clear that two of Gerardo's friends had a plan in mind for David and me. Without any hint, David and I were whisked to the office of Gerardo's boss, where a half dozen of us crowded around a map of Argentina. The conversation had shifted exclusively to Spanish, leaving me, who speaks German and English, quite in the dark. But David didn't flinch, keeping up with the volley of excited ideas thrown back and forth between Gerardo and some of his Volga-German friends. "I think they're going on a road trip," David whispered to me.

More conversation.

"I think they're going to visit a bunch of Volga-German communities," he said a few moments later. More quick exchanges. "I think they want you to come along."

Celso Ururain, the President of the Volga-German Society of Buenos Aires, and Juan Carlos Scheigel Huck, the secretary, invited David and me to join them on a four-day road trip to visit seven Volga-German communities in rural Argentina. Two days later, the four of us set off. Over the past four years, a very specific idea came to mind when I thought of the term "road trip." It usually involved spring break or maybe even Xavier basketball. Traveling with Juan Carlos and Celso, however, was anything but a typical road trip. Most of the time I had no idea where exactly we were going. Most of the time I had no idea what we were eating. And more often than not, David and I ended up pushing Celso's

car until he could jumpstart it and we could climb back in. Juan Carlos and Celso's true mission came alive, however, at each tiny aldea ("tiny village") we visited. Juan Carlos and Celso hope to institute a German language program throughout the Entre Rios province of Argentina. In so doing, they believe they could raise the economic opportunity of the rural poor in these villages.

Sitting in the living room of the Jacobs' family of Santa Anita, Entre Rios, a tiny village between the Parana and Uruguay rivers in Argentina, Juan Carlos told the story of his son. Juan Carlos' son earned an internship with the German-based transport company Hamburg-Sued. That apprenticeship, Juan Carlos explained, turned into a full-time job because of his son's ability to speak Spanish, German and English. Both Juan Carlos and Celso believe that teaching children their ethnic language would give them more opportunity for the future. One should always take the time to teach children their heritage because, "when you sow seeds, they grow," Juan Carlos said. For the next half an hour, the group discussed different ways to implement such a program and how they hope it could affect students' lives. The Jacobs' son Carlos, 23, in many ways epitomizes that hope. Carlos, proud of his German blood and heritage, heard the Volga-German dialect growing up and decided to try and learn Standard High German, the German language taught in schools. With his leadership, a group of students convinced some teachers to offer a German language courses after school in his village. He then used his German language skills to land an internship in Berlin for an entire year while studying German at a university. But it was a bit of a double-edged sword, he explained to me as we sat in his living room, sharing a gourd of mate, a bitter herbal tea that is the national beverage of Argentina. Learning German, he said, has caused him to forget the Volga-German dialect he heard so often from his grandparents. "Volga-German will, unfortunately, die with my parents because it is not spoken enough," he said. "Kids our age understand it but cannot speak it. It is endangered." Juan Carlos and Celso, therefore, have chosen a two-fold approach to raising cultural awareness among Volga-German youth. At the institutional level, they travel from village to village rousing support for a petition to institute German as a second language at the state level in the public schools of Entre Rios. At the community level, they work with the Museum of Immigration in Buenos Aires to sponsor a Village Festival where Volga-German students from all the participating villages would gather for one day to tell stories, dance traditional German polkas, sing folk music and share Volga-German recipes in an attempt to preserve their unique heritage.

While Juan Carlos and Celso engaged in their grassroots quest, I experienced German-Argentine hospitality at its finest. In most villages, word spread quickly of Juan Carlos' arrival with "the two North Americans." I was often invited to speak to classes of young Argentines, many of whom had never traveled beyond their village limits and cherished the chance to converse with a native English speaker. In one village, David and I were invited to appear on a local German-Argentine talk show. We were accompanied by an original German Folk band. The acceptance we experienced in Santa Anita prepared us for what awaited in Valle Maria: a traditional German-Argentine wedding. The father of a soon-to-be-wed daughter insisted we attend the ceremony and reception upon hearing of our interest in Volga-German culture. The ceremony was a Catholic wedding, simple and elegant, but the reception left me amazed. It formally

began when the bride and groom danced a traditional waltz. Later, more couples joined in, swapping partners and circling the floor. Waltzing soon gave way to the polka and the atmosphere lightened considerably. Suddenly, German tradition gave way to Argentine, Latin dance beats burst from the speakers and the dance floor erupted into a medley of rumba, chacarera, samba and other popular Latin American dances. This cultural fusion left me in awe. But as a young Argentine woman swept me into the middle, I soon realized it was not a spectator sport. Fine Malbec wine, gargantuan platters of Argentine beef and contemporary Argentine pop music continued early into the morning.

At 5:30 a.m., David, Celso, Juan Carlos and I were among the first to leave, worn from the late evening as we walked back to the rental house Celso had arranged. For the rest of my time in Argentina, I ventured to a few other cities, such as Cordoba and Tandil. But it was my Volga-German friends who served as my cultural guides, sharing advice, their homes and their life stories with me whenever I returned to Buenos Aires.

During my last few days there, in fact, I happened to be with Gerardo when a free-standing ATM machine ate my Visa card. Frantically, I spent my last seven pesos on the phone with Visa International, only to be informed they could not help me. Without so much as a second thought, Gerardo emptied his wallet to me and, before I could protest, said, "In Argentina we have a saying. 'It's not important to have money. It's only important to have friends.'"

That's community